

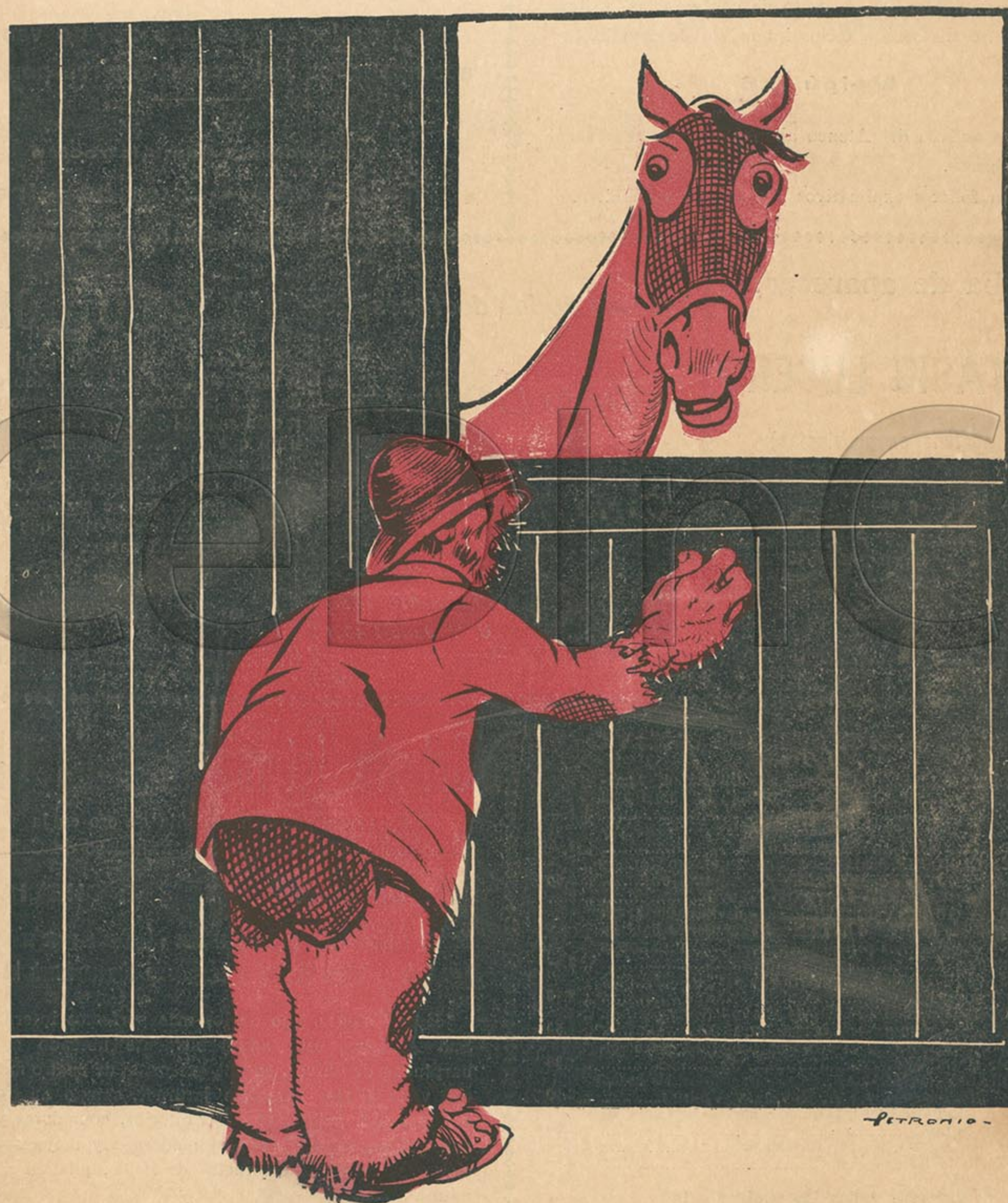
Clarín

Precio del ejemplar
\$ 0.10

Buenos Aires, Diciembre 9 de 1919

Año I — N.º 7

Lógica caballar



Ahora que el Jockey Club va a fundar colonias para menores abandonados, puedes jugar tranquilo, hasta tu último centavo, sin preocuparte de la suerte de tus hijos.

Ateneo Universitario

Fundado en Abril de 1914

EL ATENEO UNIVERSITARIO es una institución de estudios, absolutamente desvinculada de la política—en cuanto esta es sólo función electoral—y de todo sectarismo partidista.

Se propone estimular los estudios de interés general que traspasan los dominios de las especializaciones científicas, profesionales y técnicas.

Organiza anualmente un curso de conferencias, y lleva a cabo entre sus socios, ciclos intensivos de estudio.

Maipú 126

Los socios activos del Ateneo abonan una cuota mensual de dos pesos.

Se remiten folletos explicativos a quienes los soliciten.

Acaba de aparecer:

PROTASIO LUCERO

(un porteño en provincias)

por

B. González Arrili

De venta en todas las librerías \$ 2 m/n

Estudio de los doctores

Alfredo L. Palacios

y

Carlos N. Caminos

Viamonte 1538
U. T. Junca 4901

Clarín

PUBLICACION SEMANAL DEL ATENEO UNIVERSITARIO

APARECE LOS MARTES

Suscripción semestral: \$ 2 m/n. Número suelto: 10 cts.

No se atienden pedidos que no vengan acompañados del importe correspondiente

Redacción y Administración

Maipú 126 - Buenos Aires

Máximo Gorki

La vida y la obra del gran escritor y revolucionario ruso han sido estudiadas con profundo conocimiento y admiración por Alejandro Castiñeiras en un libro que Vd. debe conocer.

El análisis de la vigorosa personalidad de Gorki ha dado ocasión a Castiñeiras para que dé a conocer el ambiente revolucionario ruso que hoy interesa el mundo entero.

En todas las librerías

a DOS pesos m/n

(Publicación de la Cooperativa Editorial Buenos Aires)

Colegio Internacional de Olivos

(Premiado con medalla de oro en la Exposición Universal de San Francisco de California)

Director: FRANCISCO CHELIA

Alumnos pupilos, Medio pupilos y externos - Enseñanza secundaria y primaria
Incorporado al Colegio Nacional - Se preparan alumnos durante las vacaciones

Este Colegio, uno de los más perfectos internados de Sud América, está admirablemente ubicado sobre las barrancas de Olivos, en una extensión de cuatro manzanas, con vista al río. Amplios jardines, campo de Football, canchas de pelota, etc. Dormitorios, comedores y clases construidas según las más modernas y mejores disposiciones al respecto. Gabinetes de física, química e historia natural.

A dos cuadras de las estaciones de

OLIVOS (F. C. C. A.) y BORGES (F. C. B. A. y R.)

Número del teléfono: 90, Olivos

Clarín

Aparece los martes

REVISTA SEMANAL

Redacción y Administración
MAIPU 126

La obra benéfica del Jockey Club

por

Francisco de Aparicio

La Asociación tutelar de menores, benemérita sociedad constituida para proteger la infancia abandonada, se ha dirigido al Jockey Club, solicitándole los fondos necesarios para establecer una colonia agrícola-ganadera.

Si bien estamos absolutamente de acuerdo con el fin que mueve a la citada institución, lamentamos tener que censurar duramente la forma en que ha llevado a cabo sus gestiones.

Al decir la forma, nos referimos a los conceptos vertidos en la nota en que se solicita la contribución referida. Creemos no exagerar nada al afirmar que tales conceptos afectan sensiblemente nuestra cultura y el prestigio de quienes los suscriben.

No hemos de caer por cierto en la sutileza de impugnar la iniciativa por el origen de los fondos pedidos. Bien sabemos que con tan rigurosa moral fuera casi imposible contar con ayuda alguna. Difícil sería hallar persona o institución que hubiera conseguido, honestamente, acumular los caudales necesarios.

Críticamos, sí, el servilismo hipócrita con que ha sido redactada la nota a que aludimos: «...no ha de escapar seguramente al elevado criterio y a los sentimientos de la comisión directiva y socios del Jockey Club, institución que tantos beneficios de orden moral y material ha reportado y reporta al país, respondiendo a su alta representación como exponente de nuestra cultura y progreso».

Bien sabemos nosotros que buena parte de los firmantes de la nota no han podido suscribir sinceramente tal documento y sólo lo han hecho como medio de alcanzar el fin, hartamente loable, ciertamente. A pesar de esto, no creemos que el procedimiento jesuítico pueda justificarse. Y no es ésta una opinión particular; pésima impresión ha causado en los círculos universitarios, ver aparecer los nombres de Ernesto Nelson y

Gregorio Aráoz Alfaro, al pie de la citada comunicación.

Todo el mundo sabe qué es el Jockey Club.

Hace un par de años decíamos, refiriéndonos a él: «La beneficencia es cosa arraigada de antiguo y muy difundida en Buenos Aires. No falta mal pensado que atribuya esta difusión al envidiable prestigio con que un «patronato» cualquiera barniza a sus asociados. Esto no nos interesa averiguarlo, el hecho indudable que precisamos dejar sentado, es que las instituciones de beneficencia, importantes y eficaces, abundan en nuestra capital; para poder afirmar que existe otra poderosa institución de maleficencia que las contrarresta a todas».

No eran estas palabras hijas de un estudio previo, faltas de todo fundamento, eran, simplemente, el resultado de una justa indignación, la protesta sincera contra un mal que, en principio, todo el mundo advierte y cuyas consecuencias posteriores son fáciles de intuir.

Posteriormente pudimos comprobar, con todo fundamento científico, que tales afirmaciones eran pálido reflejo de la realidad. El doctor Juan Carlos Rébora, profesor de derecho penal en la Universidad de Buenos Aires, ha demostrado a sus alumnos—estadísticas en mano—que existe un sincronismo exacto entre el aumento de las sumas jugadas en el hipódromo y el desarrollo de la delincuencia en la Capital.

¿Se basarán en este estudio las afirmaciones formuladas por los recurrentes en el párrafo transcripto?

No incurriremos en la ingenuidad de pretender que la Asociación tutelar de menores se valga del miedo como los organizadores de la Gran Colecta, para conseguir el dinero que precisa, o que, como otras instituciones religiosas, invoque el pago de faltas cometidas, pero sin llegar a esa adulonería

denigrante, podría haber procedido en forma más seria y, sobre todo, honesta.

Y el resultado hubiera sido el mismo, seguramente. Hace tiempo que el Jockey Club quiere hacer alguna grande obra de beneficencia,—y decimos grande en el sentido más material del término—parece que sus dirigentes se dieran cuenta de que necesitan hacerlo, pero parece también que se sienten, moralmente, imposibilitados y precisan realizarlo por intermedio de alguien. Da la sensación de que no encontraran suficientemente limpias sus propias manos para tenderlas, caritativamente, al prójimo desgraciado.

Veamos otra aberración intolerable. Esta colonia agrícola-ganadera que se piensa fundar, estará destinada a convertir los menores recogidos en «honrados peones y obreros» y «se denominará Jockey Club, honrando el nombre de la institución que la crea, como testimonio de su generosidad y patriotismo.

No. Una colonia destinada a tal fin, no puede llevar tal nombre.

Procediendo de buena fe, el Jockey Club, no puede crear, para menores, nada más que lo que ya ha creado... otra casa de juego. Algo que sea para él, lo que una primera cámara a un baño turco-romano.

La Asociación tutelar sólo pudo pedir, dignamente, un subsidio para llevar a cabo las obras proyectadas, sin que éstas tuvieran vinculación alguna con el donante.

Fácil es suponer que muy otra cosa que «peones honrados» saldrían de una colonia denominada Jockey Club, a la cual, lógicamente, habría que agregar alguna estatua de «Old Man» o «Botafogo» y abundante iconografía de equinos célebres, por los muros.

Procura darle a tus hijos más instrucción que tesoros; pues el oro de los ignorantes vale menos que la esperanza de los instruidos.

EPICTETO.

Juventud conservadora

por

Carmelo M. Bonet

CUANDO un hombre ya viejo se aferra a las ideas de su mocedad, se declara tradicionalista y enemigo de todo experimento innovador, el hecho no nos extraña, nos parece un fenómeno tan natural como la lluvia. Los psicólogos nos han referido las causas físicas del misonerismo en los viejos, y aun cuando puedan presentarse excepciones tan brillantes como la de Anatole France, aceptamos, en general, esa explicación y soportamos con piadosa tolerancia el conservadorismo senil. ¿Quién sabe si a esa pobre huesa no irá a parar, con el andar de los años, toda nuestra juvenil audacia mental!

Cuando un ventruco rentista vocifera contra los agitadores y difundidores de ideas avanzadas (tan «avanzadas» algunas como aquella de Pablo el Apóstol en su epístola a los tesalonicenses «que si alguno no quiere trabajar tampoco coma»), y pide leyes de rigor para sofocar, inmisericorde, esa «peste» del maximalismo que, como la gripe, se extiende por todo el globo, encontramos tal actitud jupiterina perfectamente natural. Pues si la influencia de los «filibusteros» de la Rusia bolshéviki creciera y dominara, el rentista tendría que menearse, como todo hijo de vecino, y es humano que resista a semejante atentado a su libertad.

Cuando un periodista se declara conservador y defiende, desde las columnas del diario rico, cosas tan estimables como el orden, la ley y la propiedad, y trata de arrancar al obrero de la «tiranía anarquista», aceptamos sin irritación esa actitud porque la sabemos determinada por una lógica oculta. Es natural que el periodista se declare conservador, puesto que, así, conserva su puesto y no corren peligro los garbanos. Él, también, es un pobre asalariado, una víctima de la opresión económica, víctima la más lamentable, pues tiene el triste oficio de vivir elogiando sus propias cadenas. Las otras víctimas tienen, siquiera, el pudor del silencio o el consuelo de la protesta.

Pero lo que repugna a la razón, lo que parece ir contra naturaleza, es el espectáculo de la juventud que ha hecho profesión de fe conservadora. Porque ello es confesar que se tiene reunidos la esclerosis mental del viejo, el vampirismo del rentista, la cobardía del mercenario intelectual. Por algo muchos conservadores usan como *camouflage* el rótulo de «demócratas» y «progresistas».

Ser conservador significa estar conforme con el estado actual de la sociedad. Y no se explica esa conformidad, tratándose de hombres ahitos de savia, sino en cínicos exitistas, en epicúreos de club, en gozadores de privilegios inmerecidos, o en inconscientes y frívolos que jamás desde su poltrona han reparado en el dolor humano que los circunda.

La juventud, período de la vida el más propicio para los arrestos generosos, para las fecundas quirotadas, no se concibe sino iconoclasta, irreverente y transformista, y alimentando, como una lámpara votiva, la chispa interna de la rebeldía. Aprovechemos, entonces, este breve iris de la vida, desasiado en concupiscencias, para lanzar nuestra voz con infantil sinceridad. Tal vez más adelante no podamos hacerlo. ¡Tantos parecían en el llano espíritus libres y hoy los vemos, en la altura, agarrotados por el oportunismo! ¡Da frío pensar cómo la conquista de cuatro pesos o el empujarse un palmo, cambian la mentalidad de un hombre!

La juventud debe ser reformista, no porque el pasado carezca de virtudes y en el presente sea todo imperfección, sino porque esa es la ley de la vida. El progreso es el fruto de una trágica lucha entre novadores y retardatarios. La sociedad se adormece y se estanca cuando la masa conservadora predomina, cuando el *élan* creador de los hombres inquietos se envana ante la indiferencia y la modorra de los pueblos idiotizados. El papel de la juventud es, pues, el de agitar la charca a fin de que el agua corra y se aclare, y emigre la piara que vive de la podredumbre.

No importa la divergencia de juicios y de estrategia. No importa que para éstos las reformas deban ser graduales, escalonadas, ajustarse a un proceso de lenta maduración, a fin de que la breva caiga sola; y que aquéllos, más impacientes, crean posibles, en materia social, las transformaciones

catástroficas, las variaciones *per saltus*. No importa que unos opinen que ante todo es menester trabajar en las conciencias, iluminar los espíritus entorpecidos, educar a las masas envilecidas; y que otros sostengan que lo primero es transformar la economía, modificar el sustratum material de la vida, combatir la injusta distribución de la riqueza, pues la libertad del espíritu no es compatible con la esclavitud económica. No todos tienen el alma fuerte de Epicteto.

No importa, repetimos, la divergencia de juicios. Tal vez todos tengan una parte de razón. Lo esencial es el descontento generoso, el propósito viril de no engolfarnos totalmente en nuestros mezquinos intereses particulares, de buscar soluciones con toda buena fe, y si no las encontramos, de embanderarnos con los hombres superiores cuyos principios nos parezcan más acordados con la verdad y la justicia.

Todo menos la quietud conservadora, la complacencia oportunista, la pasividad musulmana. Mientras existan entuertos en el mundo—y hay para rato—la juventud no tiene derecho al descanso y llamarse conservadora es admitir una tática complicitad con los aprovechadores de esos entuertos.

No maestro, ideales

por

Arturo Vazquez Cey

UNA generación, menos vale por los maestros que acata que por los ideales en que se logra. Aquéllos pueden o no existir sin que la excelencia de la misma, en lo entrañable, sufra aminoramiento. Promover y vivir un ideal, ya sorprendida en lo oscuro del espíritu colectivo la primera centella que habrá de orientar el paso de los coetáneos, o bien, no menos ardua tarea, superar los temas al uso, potenciando de nuevo valor una preexistente ideología, constituye la cardinal empresa dialéctica de los hombres nacidos bajo un mismo meridiano de tiempo. En la faena de consumarla nunca holgará la palabra monitorea, pero puede en ocasiones, más haya de lamentarse que la ausencia de ella, la del espíritu de la colectividad, a la cual debía conmover. Ni que decirlo, anuncia el desánimo implícito en la presente anomalía grave daño a la República. Y vana presunción argüiría el imaginar que tal penuria alcanzará a disimularse mediante el endiosamiento de tal o cual rector de almas, obtenido merced a la anulación de los enseñados y para capocutadora de la inane idolatría de éstos. El indudable maestro es el Espíritu. Los de carne y hueso, tanto han menester discípulos como los tales enseñanzas y ejemplo. Esforzando el aserto cabe sentenciar que una generación nativamente necesitada de guías, incapaz de adueñarse con propia mano del fuego divino que en sus entrañas lleva para empujarlo, al par de dionisíaca antorcha, se rendirá en lo yermo de la duda, tocada de muerte.

Hay generaciones promotoras, las hay de transición, las hay de armonioso y jocundo obrar ideal, las hay de decadencia. Unas antecediendo los gérmenes del común pensar los aventaja hacia el porvenir, otras dan calor de humus a las esparcidas simientes, éstas, venturosas segadoras, cosechan la mies próspera de los períodos en que la evolución llega al equilibrio, las postreras, ayunas de original energía, se reducen a medrar con los últimos granos quedados en el hórreo vacío. Harto más confuso y toronado, si bien conforme al proceso que

apuntamos, no sin cierta voluntaria inocencia, es el que la Historia nos descubre. Los pasos de ésta, como cuadra a fiera deidad calzada de bronce, siguen una ruta inexorable. Predestina cierta generación al logro, otra al fracaso, aquélla al parasitario recordar de acontecidas glorias. Predestina háse dicho. Entiéndase que se habla metafóricamente. Aquí el *Fatum* representa en concreto el tránsito del ideal que, en alternativas de esplendor y de zozobra, a través de las sucesivas generaciones se realiza. La intensidad de la apetencia con que cada una de ellas tiende, así una saeta disparada hacia el cenit, a encumbrarse a la altura de los principios que habrá de encarnar, suministra, en función de la época, la senda medida de su vitalidad y originalidad intrínsecas. Valen conforme a los hervores de su vocación para el ideal discernido y la capacidad pragmática que las erigirá en agente del mismo. Cuando dichas dotes se dan en su máxima trabazón, prodúcese los revolucionarios argentinos de la Independencia, los líricos mesnaderos de la germánica *Sturm-und-Drang* y los tolstoianos bolcheviques de ahora, cuando la conjunción de la teoría y el acto no se consuma cuando los términos de la misma faltan, surgen engendros en cuya nómina cabe incluir la generación española, la amada del desastre y la que en la ubérrima tierra nuestra se halla al borde del no ser y de cuyo alborotado obrar burocrático no quedará, salvo excepciones que sólo ignora la necesidad de los censores a ultranza, otro rastro espiritual que la turbia cola de ma'igno cometa del más vituperable hedonismo egoísta.

Conozcámonos a nosotros mismos. He aquí una máxima pletórica de significaciones. Una generación no baldía ha de adivinar la propia verdad profunda que en sí lleva. Alma compuesta, al igual del cargado perfume de una vasta selva, de las emanaciones de almas innumerables laten en ella resabios del ayer e iluminaciones de lo porvenir, en entrambos extremos, se afinca en inalienable idiosincrasia que le permitirá asir los dispersos rumbos contemporáneos,

conduciéndolos, cual briosos corceles, con firme rienda hacia el entevisto norte. ¡Cuidad si media intervalo entre lo que un individuo ose enunciar y lo que la compleja masa de los coetáneos debe cumplir! Desventura será para la eficacia de función tan conspicua el que ésta en cambio de nacer a impulso del esfuerzo del común esfuerzo de muchedumbre de obreros morales, sea endosada a los mismos, a favor de su indolencia, no menos ominosamente que un yugo para bovinas cervices. Cualquier nueva fórmula social sólo es agible tras prácticas cumplidas por una porción relativamente grande del cuerpo colectivo, quien antes la pensó en orden de una particularización de previas generalizaciones admitidas como ciertas. La sociedad representa el manadero de todas las concepciones sociales en cuya dialéctica la acción mental de tal o cual persona actúa a modo de orientador estímulo, jamás en guisa de creador definitivo. La verdad colectiva sólo es plenamente discernible y verificable por la colectividad. Síguese que si el ideal de una generación cabe ser formulado a raíz de cierta experiencia histórica—condición sin la cual dicha fórmula resulta gárrulo disidente lírico o presuntuoso alarde profético—por un individuo, cuando a tanto su pensamiento vuela, únicamente podrá crearlo la totalidad conciente de la comunidad coetánea. Para uno todos y para todos uno.

En la ejemplar tarea, el artista y el escritor de genio habrán de convenir en que juntamente con ellos echen su cuarto a espadas Juan, el honrado repórter, y Pepe, albañil lector de cuanto papel cae bajo su vista. De la aglutinación de los innumerables esfuerzos concurrentes provendrá el ideal común, hecho por cada uno de los acomunados. Claro está, háse anticipado, que se habla de una generación viva, vale decir, acicateada por el torcedor de su destino.

¡Generación viva! Lo que por encima de las concomitancias biológicas y temporales eleva el copioso haz de hombres coetáneos a esa elevada categoría procede de la intrínseca sensibilidad social que aquellos alberguen. Dos millones de misántropos no podrían labrar tan recia entidad orgánica. La virtud plasmadora de semejante construcción consiste en un género de altruismo orientado no hacia los particulares miembros de la comunidad, sino hacia el conjunto espiritual que forman. Cuando los movimientos del mismo repercuten de suerte simpática en el sensorio de los que lo componen, es decir, cuando cada uno deja de considerarse sér único sin ataduras con el ambiente moral, la generación está primariamente cimentada. Sobre tal base ella podrá erigirse, avizorando el porvenir, como suele el jinete, apoyado en los estribos sobre la ceja de la loma, atayar las ondulaciones de la llanura.

La huelga de millonarios

por

Leopoldo Hurtado

A riesgo de ir a veranear «malgré-moi» a Martín García o a Ushuaia, no puedo resistir a la tentación de defender a uno de los gremios más dejados de la mano de Dios, no obstante cultivar estrechas relaciones con sus representantes.

Me refiero al gremio de los millonarios; oficio o desgracia de la que, como ha dicho Shaw, nadie se encuentra exento hoy día; trabajo perro si los hay, puesto que para él no existen sindicatos, ni huelgas, ni descansos dominicales; amenazados constantemente en este mundo y en el otro, y que por una extraña omisión, no han participado del mejoramiento de la clase obrera, de un tiempo a esta parte.

Todos saben que el dinero no es nada en sí: un billete no es más que un papelucho sucio, que en sí mismo no alimenta ni abriga. No tiene otro valor que el adquisitivo, esto es, en cuanto a posibilidad para obtener con él los bienes de este mundo y también del próximo. De modo que un millonario, no será tal por tener mucho dinero, que sería tener muchos papeles sucios, sino porque tiene cómo comprar con ellos muchas cosas. Para que el rico sea rico, es menester que gaste o adquiera con su capital una suma considerable de objetos. Gasta, luego existe. El otro dinero, el que pueda tener guardado, no es a lo sumo más que una energía en potencia, como la que existe en el petróleo o en el carbón de piedra.

De manera, pues, que todo millonario que lo quiera ser de verdad, tendrá que gastar una suma de dinero equivalente a su situación. Valdrá en suma, lo que gaste.

Esto es importante, porque de aquí se deriva uno de los problemas más terribles de esta clase trabajadora, que debiendo gastar incesantemente, a riesgo de quedar empobrecida, según acaba de verse, tiene un trabajo tal del que los obreros comunes, con sus cómodas ocho horas de trabajo, no tienen idea.

A fin de que se comprenda mejor lo que sigue, voy a enumerar sucintamente los factores que concurren al padecimiento de la gente millonaria.

a) Su situación no es igual a la de los demás gremios; éstos pueden, si quieren, dejar de trabajar; los millonarios no. La sociedad concibe que un obrero no trabaje, pero no permite que un millonario se empobreciera. Y es que no gastando, se empobrece, y empobreciéndose, deja de ser millonario, mientras que un obrero siempre lo es, aunque se tome descanso.

b) No pueden dejar de hacerlo un solo día, a riesgo de tener que trabajar doblemente al día siguiente. Este problema del empleo del dinero se hace cada vez más difícil a medida que la carestía de la vida les aumenta las rentas.

c) La ley, y el bienestar social, se oponen a que el millonario descansa. No le dejan renunciar a sus rentas, ni permiten a sus siervos e inquilinos el dejar de pagarse a sí. ¿No es un axioma que todo capital debe dar renta? Bueno, no se puede ir contra los axiomas.

d) Los bienes adquiribles con dinero son únicamente los bienes sensuales, o sea aquellos de origen externo. Un rico podrá comprarse una provincia, si tiene con qué hacerlo, pero no podrá jamás adquirir ni diez centavos de emoción poética, pongamos por caso. Esto limita enormemente el campo de actividad de los millonarios.

e) El placer que un objeto o un bien da, no aumenta proporcionalmente a su mayor valor. Así una comida que vale cien, por ejemplo, no es cien veces superior a una que vale uno. Y algunas veces sucede lo contrario, como pasa con la mujer. De modo que el placer que un millonario se puede dar, está siempre limitado por su capacidad de goce.

f) El placer que una adquisición nos proporciona, está en razón directa con la dificultad que tuvimos para conseguirla. El

millonario, pudiendo obtener fácilmente todo lo que se le antoja, carece de ese interés e ilusión que da a las cosas un valor exagerado, pero necesario.

Y así, sucesivamente, podríamos ir enumerando una cantidad de factores que conspiran contra estos pobres diablos, a punto de impedirles, o poco menos, el disfrute tranquilo de sus raros momentos de descanso.

Y bien, yo quiero pintar aquí la situación del hombre que al despertarse cada día, se encuentra con que debe gastar ese día una suma, que para ser modestos, podemos fijar en mil pesos. Calcúlese si se puede dormir tranquilo pensando en que al día siguiente se encontrará sobre la mesa de luz, nueveveces y terribles el consabido fajo de billetes de banco. Podrá ser muy agradable para las gentes ligeras, que quizá lo podrían hacer durante algunos meses, pero piénsese que esto se repite, implacablemente, todos los días y todos los años de la vida. Que uno no puede enfermarse, ni irse a pescar al campo, ni permitirse el lujo de descansar un solo día, porque el día que esto le sucediera, en contraría, al despertarse, en vez de uno, dos paquetes con los terribles mil pesos. Téngase en cuenta, igualmente, que el campo de sus actividades es forzosamente limitado; que no podrá salir de cierto círculo, y esto porque deberá únicamente ocuparse en cosas caras, a fin de ganar tiempo, y las cosas caras son pocas, y son pocas por caras y viceversa. De allí, por ejemplo, que los millonarios no lean jamás, porque el leer lleva muchos tiempo y cuesta poco.

Oigo criticar a menudo la estupidez unánime de los millonarios. Yo quisiera saber si es posible a un hombre conservar despejada su inteligencia, después de pasarse toda su vida catorce horas diarias en un oficio embrutecedor. El millonario, que no para desde las doce del día hasta las cuatro de la mañana, apenas si tiene tiempo de leer a la ligera el diario, con lo cual sólo agrava su situación.

Si a esto se añade, la agitación anhelosa a que los lleva el obligatorio trajín, los achaques de agotamiento a que los expone su género de vida, se convendrá que el estado de esta clase no es de lo más halagador. No todos resisten a esta vida, y entonces tenemos los casos, tan frecuentes, de los derrotados del oro. Cásanse a menudo, se abandonan al descanso, y la pila feroz de los billetes de banco crece, crece como una pesadilla fatal, hasta enloquecerles la existencia. He aquí un tema de alto interés dramático que todavía no ha tentado a los poetas, salvo a un cuentista norteamericano cuyo nombre no recuerdo.

Terminan tristemente en la mayor miseria y desamparo. En el fondo de sus enormes pa'acios, más enormes aún por la soledad y silencio, viven acurrucados, temiendo gastar ni el mendrugo de que se alimentan; la iglesia, que suele ser muy caritativa para estos caídos, hereda generalmente sus cuantiosos patrimonios.

Toda esta desdicha exige remedio. Propongo, por tanto, un programa de mejoramiento, que podría compendiarse en las siguientes condiciones:

1.º Jornada de ocho horas, o de siete, si es posible.

El aforismo de que Dios hizo a los ricos y a los pobres es una impostura. Desnudos vinimos al mundo y desnudos salimos de él. Si en el intervalo se nos antoja robarnos los unos a los otros, no es culpa de Dios.

BERNARD SHAW.

2.º Descanso dominical, a cuyo efecto, durante ese día, los capitales, acciones, propiedades, latifundios, etc., no darán interés de ninguna clase, a fin de no obligarlos a gastar.

3.º Alivios periódicos de trabajo, mediante colectas, confiscaciones y expropiaciones «a la rusa».

4.º Jubilación en casos de imposibilidad para el trabajo, o cuando se compruebe la existencia de facultades intelectuales suficientes para vivir de otro modo.

5.º Reconocimiento del derecho de sindicarse y del derecho de huelga, conforme a los demás gremios.

El futuro de América

por

Bernardo González Arrili

TENGO un amigo que usa—y abusa—de la paradoja. Hácelo, la mayoría de las veces, por divertimento, para ahuyentar por unos momentos el mal humor, «para acortar las penas, echando mano a una de sus frases diletas. Converso frecuentemente con este amigo, también por distracción. El otro día, como surgiera de entre un montón de temas, en la plática callejera que sosteníamos, el de la guerra europea—ya no del todo europea,—me endilgó sin mayores requilorios estas palabras:

—América vale muchísimo más que Europa...

¡Pasaba de paradoja la frase, al parecer, trunca por la misma audacia del autor! Aún siendo americano, creo que lo miré con sorpresa, con esa sorpresa que nos proporciona un loco que supusimos siempre en sus cabales, porque tomádomos de un brazo para marchar más unidos y dejarse oír mejor, me dijo:

—Amigo, así como sueña; América vale muchísimo más que Europa, aunque te asombre... América será la dueña del mundo, nosotros, los americanos del Sud...

—¡Caramba!—argumenté.

—Lo he pensado mucho—continuó—y estoy por encima de la manera de pensar del señor Todoel mundo. Yo pienso como creo se debe pensar, sin aceptar la montura de nadie. Tu sabes que en eso de pensar soy potro todavía. No conozco el freno, ni la cincha. ¡En cuanto a espuelas!... A mí me ha espoleado siempre el deseo de ser cada día mejor, y nada más. Te digo, ahora, que la América del Sud, o mejor dicho, toda la que habla como nosotros, vale más que Europa, por la sencilla razón de que Europa es una cosa vieja, anticuada, caduca. Está viviendo el crepúsculo; a ocaso sangriento, como todos, porque el sol cuando se esconde no da más oro como en su marcha, sino que se envuelve en mantos de sangre pura. Sangre pura es la que está envolviendo a la Europa quintañona actualmente. (Desquitémonos los malqueridos americanos y llamemos, a nuestra vez, bárbara a Europa...) Aquello muere entre rugidos de fiera y el llanto inconsolable de diez millones, de veinte, de cincuenta millones de madres que ven perdido entre el fragor de la lucha horrenda el fruto de sus vientres... Europa se muere, amigo, aunque nadie lo crea. Allí no habrá quien salga victorioso, porque se va todo al sepulcro. Es cuestión de tiempo... y es cuestión de lógica. Todo aquello se derrumba de puro viejo, de carcomido... Las cosas envejecen. Las instituciones caen. Las ideas se apollan. El egoísmo llevado a su último extremo acaba con todo... Lo europeo da la sensación de tener dentro el gusano que se come los árboles gigantes de la selva. El árbol es una

cosa hermosa y el gusano es una cosa despreciable, asquerosa; ¡sin embargo! éste se traga a aquél!... Europa se quedará como un fósil en su mausoleo brillante y costoso, con colgaduras vanidosas y esteras sucias; de historia larga y bella, un poco confusa, pero interesante, una historia tan antigua como el mundo que conocemos... pero se quedará en su mausoleo...

Esquivamos una señora con un chiquillo en brazos que se nos cruzó en el camino. Nos detuvimos un instante en una bocacalle. Encendimos cigarrillos, y echando nuevamente a caminar, mi amigo, hizo como que tomaba resuello y continuó:

—Además, no hay de qué asombrarse si bien se piensa... Antes de que Europa sustentara eso que los retóricos llaman la antorcha de la civilización, tuvieronla Grecia y Roma. Todas aquellas grandezas se fueron al diablo, ¿no lo crees?, y Europa, después de librarse del turco formidable, allá por el siglo XV con la ayuda inapreciable de los tesoros proporcionados por América —porque eso de que América salvó a Europa del poder de los turcos es una verdad indudable,—después de eso pues, la antorcha antedicha quedó rondando: la tuvo mucho tiempo España, y pareció estar unos días en manos de Francia la que se infatuó al extremo de creer que la había obtenido para siempre, pasando luego a estarse medio siglo fluctuando entre ingleses y germanos..., ahora, si no cae al mar para siempre y nos quedamos sin civilización, vendrá a parar a este continente... Porque tú, por muy dado a discutir que seas, no me podrás decir que la civilización puede ser sustentada por el Asia o el África... Acaso el Japón tuviera alguna probabilidad, pero ya sabes que hay una diferencia insalvable de ética entre ellos y la mayor parte del mundo, que la hacen imposible. Odian por naturaleza, los japoneses a todo extranjero, lo que es un grave inconveniente... Y no me diga nadie, que puede Norte América cobijar bajo su aparatosa estupenda a la civilización... Aquello no es un pueblo capaz de guiar el espíritu de nadie. Reconozco que es un gran taller, una gran fábrica de máquinas..., pero el maquinismo no será la nueva antorcha llamada a iluminarnos. El apresuramiento inaudito de su misma grandeza mecánico-industrial aplastó en germen la planta que da perfume espiritual por toda una eternidad a toda una raza. Tanto han desarrollado los músculos que no tiene sino músculos, y en lugar de formar un pueblo con alma y vida, es un conglomerado de hombres con exceso de vida sola, reconcentrados en el más puro egoísmo, menospreciados por culpa de su misma educación e idiosincrasia, de toda otra raza que la suya... Le han

puesto plomo a las alas... Su grandeza pues, no sirve... (Tú tuviste una vez razón cuando dijiste a propósito: «admirálos, pero no los imites...») Su grandeza se irá—es también cuestión de tiempo—al diablo. Un pueblo para subsistir, requiere un alma con muchos quilates de pureza... Fijate que de la Grecia pretérita no nos quedó más que su alma, sobrenadando del naufragio absoluto de su material grandeza... De Roma no hay más que ruinas... ¿Qué va a quedar para el acervo espiritual del orbe de ese estruendo de máquinas?... En fin, no quiero alargar esto porque veo que te vas cansando de oírme. Tú me entiendes perfectamente. Sabes que quiero decir esto: El mundo no debe esperar nada espiritual de los norteamericanos, aunque ellos se empeñaran en engañarnos con un remedo de espiritualidad inglesa. Sabiendo que no heredaron de los ingleses más que algunas de sus peores mañas, queda aventada la engañifa... Así pues, únicamente la América nuestra podrá recoger, guardar y acrecentar el legado de los siglos. Todo aquí es nuevo, desde Méjico al estrecho. Cien años de vida política más o menos libres, han sido cien años de formación. Las revoluciones continuas, sangrientas, devastadoras, han hecho lo que debían hacer: purificar. Los grandes pueblos son aquellos que en su niñez se curten la entraña a chuzazos. Y nosotros la tenemos bien curtida. Conocemos todos los dolores, y hemos puesto una amapola de sangre en cada peña y el resplandor de una lágrima en cada surco. Los ríos inmensos nos llevan en sus lomos mientras cantan en nuestro corazón una estrofa. Nos duelen las palmas de las manos, callosas, duras como el pedernal cuando se cierran en puño, y suaves, como de mujer amada, cuando se nos abren sinceramente amigas... La raza que se forma en nuestro continente es una raza formidable que dejará memoria. No será rubia ni se pasará las horas en los escritorios especulando en títulos. No es, ni será, una raza de mercachifles. Le sobran alas para irse hacia arriba, empujadas por el corazón más abierto para todos que la pampa... Fijate, me creo poeta cuando hablo de mi patria grande, y no encuentro verbos para echar fuera el entusiasmo que me galopa en el pecho! Muchos me creen que deliro cuando me oyen elogiar a mi Dulcinea colombiana!... Esto es magnífico y soberbio! Formaremos una raza de hombres, de «hombres», sencillamente... Unos cuantos años más y se acabó el crisol. Lo romperemos... Aquí han venido las semillas de las mejores razas, los hombres mejores de todas partes, primero aventureros, después bachilleres de más ingenio que doblones, en seguida, con ellos, esos hirsutos hombres que rompían la selva a puño. La senda que marcaron se pobló con los hombres que sabían tragarse las lágrimas del dolor y empujarlas a la fuerza, para engañar el hambre. Vinieron los desheredados de la fortuna que sabían cómo halla oro en la tierra la pala que la mueve, el arado que la rompe, la azada que la limpia. Vinieron los buenos, es decir, los pobres. Y ahí están para perderse en el cauce de la sangre nativa y darle más rojo aún, y ahí están para aden-

La caridad es fuente de innumerables pecados.

Oscar WILDE.

trarse entre los 80 millones de seres que pueblan el continente y que van a dar el precipitado—en sentido químico—más sorprendente. Oh! españoles, indígenas, criollos, latinos... Cuando entre todos acabéis de formar nuestra raza nueva, y aquí lleve el hombre a ser «Hombre», no habrá quien se te atreva, porque han de sentirse cruzar torres en el cielo...

Detuvo nuestro paso un v'gar incidente callejero. Aproveché la oportunidad. Salu-

dé a mi amigo, y me escabullí entre el gentío. Y como sentía ganas de esconder mi cabeza—tal como un ave que se refugia bajo el ala,—para pensar a solas en aquellos ensueños, me fui a mi casa. ¡Qué cosas tiene mi amigo! Esa noche soñé un sueño que no me atreveré jamás a describirlo, por temor a restarle con mi prosa tan pobre, la riqueza de fábula que dejó en mi recuerdo...

“El castigo” de Leopoldo Lugones

por

Arturo de la Mota

EN «La Nación» del 28 de Noviembre, don Leopoldo Lugones publica un artículo titulado con el epígrafe de estas líneas. Como siempre cuando habla del socialismo y de los socialistas dice cosas muy peregrinas, muy curiosas, y a veces también exactas. Se nos ha de permitir estar en desacuerdo con don Leopoldo Lugones. Si no tenemos títulos para semejante pretensión, válganos nuestra admiración, sin doblez, por su obra de escritor y de poeta. Estupendo en «Las montañas del Oro» y en las «Odas Seculares». Exquisito en «Los crepúsculos del jardín» y «El libro de los paisajes». Extraordinario en el «Imperio jesuítico», «Prometeo», y «Guerra Gaucha». Admirable en la «Historia de Sarmiento». Interesante en todo lo que sale de su pluma. Así y todo, se equivoca—nos parece—en las afirmaciones rotundas, definitivas, como todas las suyas, del artículo en cuestión. Desde luego, no es necesario ser un hombre de talento para percatarse de las caprichosas conclusiones a que en él se llega. El propio título que expresa la idea central, del mentado artículo, ya es una inexactitud. ¡El castigo! ¡Castigo! Sí, señores, los socialistas franceses han sido derrotados en las últimas elecciones de renovación de la cámara, por haberse opuesto al ejército permanente y al servicio de los tres años en Francia, antes de la guerra. Ese es el castigo: La derrota electoral; y por consiguiente, la pérdida de unas cuantas bancas. Así al menos lo afirma don Leopoldo Lugones. Hay en esto un error de apreciación y un error de concepto. Con toda tranquilidad podemos afirmar que el pueblo francés no ha castigado a los socialistas, pues si tal cosa fuera exacto, dentro del terreno electoral en que se co'oca el autor, se hubiera notado un descenso en el número de sufragios obtenidos por aquellos. Pero ha pasado todo lo contrario. Los sufragios de los socialistas franceses han aumentado en forma considerable. Los números dicen así, c'aramente:

Elecciones	Diputados	Votos socialistas
Año 1910	76	1.100.000
Año 1914	100	1.100.000
Año 1919	70 ó 72	1.700.000

(1) Según informaciones recientes, se sabe que los sufragios socialistas alcanzan, más o menos, al 26 % del total. Es decir que en una cámara de 615 representantes como la francesa, les correspondería, por sistema proporcional, 163 bancas.

poner que el electorado no ha variado desde aquel entonces hasta el presente, pues las pérdidas de la guerra estarán equilibradas con los nuevos ciudadanos de Alsacia y Lorena reintegradas. Pero, se dirá: ¿Por qué han disminuido las bancas socialistas, tan considerablemente? Por una razón muy sencilla: cuestión de mecanismo electoral. Clemenceau es un político de talento y además astuto. En Francia existe en vigor una ley electoral llamada de voto proporcional. Y así efectivamente la sancionó la Cámara de Diputados, pero el Senado introdujo en ella una modificación, mediante la cual, regía el sistema proporcional en los distritos en que ninguna lista obtuviera mayoría absoluta. En los otros distritos todos los puestos correspondían a la lista que obtuviera esa mayoría. De modo que en este caso ni siquiera da la ley francesa representación a la primera minoría, como sucede entre nosotros por el sistema de lista incompleta. Con esta pequeña digresión podemos comprender fácilmente lo que ha pasado en Francia y el por qué de la aparente derrota socialista. Es 'muy sencillo. Se ha formado una coalición de todos los partidos de la derecha, incluso republicanos y liberales, yendo todos con una sola lista en la mayoría de los distritos electorales. De tal modo la coalición obtenía fácilmente la mayoría absoluta de que habla la ley, adjudicándose, por consiguiente, todas las vacantes. En virtud de ello, el sistema «proporcional» no se puso en práctica y si el injerto de la «mayoría absoluta», obra del senado, que en todos los países suele ser siempre reaccionario. Ese es el secreto de la aparente derrota. El señor Lugones no dice ni una palabra de esto. La cosa es muy clara. Los socialistas han perdido 30 bancas pero han aumentado en 600.000 sufragios. «Es el castigo sin apelación ni misericordia», dice. Pero los socialistas franceses—nos parece—apreciarán más el aumento de 600.000 ciudadanos que los apoyan, a la pérdida de unas cuantas bancas. Al señor Lugones le pasa lo contrario, él aprecia más las bancas... Todo es cuestión de criterio. Pero entendemos que no valía la pena de pontificar tanto en contra de la política y del parlamentarismo, si luego se ha de tener ese criterio para juzgar...

Pero, a lo que se ve, la prédica antipolítica de don Leopoldo Lugones sólo reza con los políticos socialistas, que son, precisamente, los únicos que hacen la política social, aquí y en todas partes, la única política aceptable, acaso, en estos tiempos que corremos. De modo que el tal «castigo» no es de parte del pueblo francés, sino de M. Clemenceau y del senado, cuerpo de ancianos timoratos. Aquí también tuvimos jefes de gobierno que ganaban siempre las elecciones, impidiendo por el fraude o maniobras legalistas manifestarse a la opinión, formando así parlamentos adictos. Yo no sé

si el señor Lugones será o no republicano. Pero el gobierno republicano no se concibe sin el sufragio, y si a don Leopoldo Lugones, poeta, se le podría perdonar una concepción tal, a M. Clemenceau, jefe de gabinete de una democracia republicana como Francia, no podría perdonárselo, M. Clemenceau, aunque no lo quisiera el señor Lugones, es en la actualidad el jefe de la reacción en Francia. «Nadie hubo más democrata, más antimilitarista y más anticlerical», exclama. Efectivamente, así fué en el pasado, pero el hombre ya está viejo y hoy ni es antimilitarista, ni es anticlerical, ni es democrata, hoy es el jefe de todas las fuerzas conservadoras coaligadas de la Francia burguesa. Es la eterna evolución humana. Así, yo preveo para el señor Lugones una vejez amistosa con la santa madre iglesia argentina, que ya está desde hace tiempo al servicio de la burguesía, con muy buena fe, desde luego. Hoy, por lo pronto, es ya un conservador, que a duras penas transige con la democracia y el sufragio: mañana será un reaccionario. Es que así pasa siempre. ¿Quién va a desconocer, por ejemplo, que Lloyd George, el jefe actual del gobierno inglés, no haya sido, hace algunos años, un democrata insigne, el antimilitarista y el antiburgués más formidable? ¡Pero si fué un luchador estupendo! Bastaría saber que fué hasta poco antes de la guerra el hombre más odiado por los grandes terratenientes y los miembros de la alta cámara inglesa. La guerra puso en sus manos el gobierno. Sin embargo, Lloyd George representa hoy en Inglaterra las fuerzas conservadoras frente a las reclamaciones de los millones de obreros unidos del reino. Y también recientemente se ha valido de una maniobra para poder formar una cámara adicta. Mas el pueblo inglés parece no estar de acuerdo con él y no es difícil que pronto tenga que marcharse del gobierno. El progreso histórico es continuo. Pero hay algo más digno de refutarse, en el famoso artículo a que nos venimos refiriendo y es el ultraje inferido a la memoria de Jaurés, pero como ello exige un espacio de que hoy no podemos disponer, le reservamos para el próximo número.

Panamericanismo yanqui

LA discusión del tratado de Versalles en el senado norteamericano es ya un tema del dominio público, por lo menos en sus lineamientos generales. Desde hace varios meses los grandes diarios traen a este respecto, en sus secciones telegráficas, llamativos títulos que asumen el carácter de «permanentes».

Demás está decir que el asunto reviste gran importancia internacional, si se considera que el «Tratado de Paz» no ha podido aún surtir sus efectos, pendiente la ratificación dirigente en lo que llamaríamos el desconcierto internacional para diferenciarlos de los optimistas y teóricos risueños.

Parece ser que la discusión del senado yanqui versa principalmente sobre los puntos básicos de la Liga de las Naciones, que el Tratado de Paz crea, en la penumbra apenas de los principios de Wilson.

Y a este respecto, nos interesa señalar ciertos conceptos de política internacional panamericana vertidos en el debate por el senador Mr. Hitchcock, quien, refiriéndose a la representación que las potencias tendrían en la Liga, manifestó: «Nos oponemos a cualquier proposición tendiente a dar a la Gran Bretaña seis votos en el Consejo de la Liga, porque si alguna nación puede ejercer una preponderancia excesiva, somos

nosotros precisamente. ¿Saben los senadores que existe una organización panamericana que abarca todo el hemisferio? ¿Recuerdan los senadores que cuando declaramos la guerra, seis o siete repúblicas de la América Central y del Sur imitaron nuestra actitud?...»

Este señor senador, que habla en nombre de un grupo importante, y que por lo visto no tiene pelos en la lengua... ha de poner sobre aviso a los pueblos de Sud América, ya que no a los de la América Central, que están acostumbrados a estas declaraciones y su correlativa práctica traducida en una hegemonía real y efectiva, a punto tal que alguien ha podido afirmar que los Estados Unidos habían convertido el golfo de Méjico en un lago norteamericano!...

Este concepto de hegemonía o protectorado, a manera de representación general del panamericanismo, es en definitiva una de las varias fases de la decantada Doctrina de Monroe, que tantas interpretaciones ha sufrido desde el mensaje famoso de 1823 en que su autor la esbozara, hasta nuestros tiempos.

Pero seamos justos y reconozcamos que si traducimos la cuestión a la jerga capitalista, el senador Hitchcock tiene su dosis de razón. Si la Liga de las Naciones será

una Asamblea o Consejo, en el cual las potencias medirán su representación por sus respectivos intereses, a la manera de lo que ocurre en las asambleas de sociedades anónimas, tiene razón el senador aludido, pues no ignora él, que el capitalismo norteamericano va infiltrándose con eficacia allende el gofo de Méjico y que hoy, en el Brasil, por ejemplo, el National City Bank es el barómetro de las relaciones internacionales panamericanas, etc., etc.

Por lo demás, el señor Hitchcock, realizando la paradoja de que los extremos se tocan..., daría la razón en este punto a los revolucionarios rusos, que, en una nota pasada al proletariado de la «Entente», decían: «...el proletariado ruso ha declarado frente a frente a todo el mundo: que no se adhirió a la así llamada «liga de las naciones», lo cual representa sólo una sociedad anónima para la explotación de las pequeñas y débiles naciones...»

Entre tanto, y mientras se apuntan estas discrepancias entre la teoría y la práctica, entre los principios y las intenciones, entre las palabras y la acción, seguiremos el curso del debate y veremos qué representación se asigna a estos *apoderados generales* de América, es decir, del capitalismo americano.

Arturo Gonzalez Arce

Cosas de la enseñanza

El comercio de títulos

por

Jorge David Requena

CUENTAN las malas lenguas, que allá por los años del «régimen», en la opulenta era de las vacas gordas, un señor subsecretario—viejo camandulero correntino que aún vive—vendió a los dueños de colegios particulares cierto decreto que para los beneficiarios equivalía a poner una pica en Flandes. Aquello era legitimar cínicamente el más burdo negocio que se conoce en la República: consiste en asegurar por medio de unos cuantos pesotes el éxito del examen de muchos haraganes y de muchos obtusos.

Esto en tiempos del régimen. Ahora, en los de la «causa», observamos que otro tanto ocurre. De ahí que nos sintamos dispuestos a creer que «La Nación»—haciendo un loable y poco repetido esfuerzo—acierta en lo que atañe a la interpretación de tal fenómeno político; es que, en efecto, no hay ni régimen ni causa: hay sólo des-gobierno, hay desfachatez, hay ignorancia supina o inconsciente tendencia a desquiciar la enseñanza.

Escribimos cuanto antecede, advirtiendo en el pulso cierta aceleración anormal: por mucho que queramos sonreír, no lo conseguimos. Nos duele ver este pueblo tan mal dirigido, con un Presidente y un Ministro de Instrucción Pública capaces de firmar el reciente decreto sobre promoción de alumnos de instrucción secundaria que han cursado sus estudios en institutos no oficiales. Parece, sin duda, imposible que haya dos seres en el país suficientemente mal intencionados o suficientemente tontos como para abrir esta brecha a fin de que todos tomen sin contratiempos la fortaleza indefensa.

No otra cosa significa semejante decreto.

Los directores y los profesores de establecimientos particulares podrán otra vez,

casi por sí y ante sí, aprobar alumnos. Los catedráticos de los Nacionales servirán de burla a los «negociantes en muchachos», pues—quieras o no—ingresarán al año inmediato superior, aún los que ellos reprueben en los exámenes escritos de julio y de noviembre. Todo estribará en llevar una prolija contabilidad de las notas de cada estudiante: en los últimos bimestres se regalarán puntos «a la marchanta...». ¡La cosa es afianzar bien el comercio, o sea el colegio con el cual se amañan fortunitas en pocos años!

La explotación de la enseñanza viene a ser así protegida por el Estado. Alumno que no apruebe su curso en institutos oficiales, sabe que después puede lograrlo en la casa que los Reverendos Padres tienen en el centro de la metrópoli o en la del señor Martínez, profesor español que usa gafas y caspa y que enseña geometría y castellano, fisiología e historia antigua, francés e instrucción cívica, álgebra y psicología... El Estado hace de intermediario para que los Reverendos Padres y el señor Martínez—un señor Martínez que abunda mucho en Buenos Aires, que no sé lava y al cual tutean los muchachos,—puedan engordar y sigan intensificando su vergonzoso tráfico de «aprobados».

Ahora, en pleno dominio de la causa, estamos como cuando el régimen nos llenaba de oprobio. Pero, en honor de la Nación Argentina—la más civilizada y culta del orbe, según dice la «Liga Patriótica»—nos negamos a suponer que haya habido hoy un funcionario o un simple allegado a la Casa Rosada gustoso de empapelarse el riñón con un fajo de billetes... Nos negamos, admitiendo—empero—prueba en contrario. ¿Aguen la tiene?...

Calle

Angosta, polvorienta, algo sombría la calle «Presidente Avellaneda» tiene para mis ojos visionarios algo de brujería y de leyenda. Con el silencio angusto de la tarde a paso de burgués ando por ella, y el alma se me puebla de aventuras, de cuentos raros y de cosas viejas bajo la extraña música que dicen los paraísos, en su doble hilera que hacen como una bóveda que obstruye la mansa lucidez de las estrellas.

Canta la noche sus primeras notas. Sopla una brisa fresca. Y de allá, desde el fondo de la calle viene, llena de afafa, una carreta.

Alfredo R. Bufano

Ultraje a Alberdi

Acostumbrados estamos en Buenos Aires a recurrir a las guías, buscando la explicación de un nombre que bautiza una calle con toda la elocuencia de un «Fulano de Tal».

Análoga cosa ocurre con buen golpe de los monumentos que adornan los jardines de la metrópoli: Exhibíase, hasta hace poco, en el más hermoso de ellos, una estatua en mármol, perfectamente anónima. Manos piadosas, acaso de su propia sangre, han grabado un nombre en el pedestal y—¡oh ironía!—el anónimo se ha hecho más profundo.

Pretendo demostrar con esta ligera digresión que cualquier personaje mediocre y transitorio alcanza, entre nosotros, los más altos peldaños de la gloria, siempre que muera dejando amigos o parientes bondadosos y decididos.

Existen, en cambio, personajes que, precisamente, por grandes arrastran a su pasada cantidad de odios y enemistades, que llegan a constituir un verdadero obstáculo para la justa consagración de la historia.

Alberdi es un ejemplo típico de esta clase de *grandes*, despojado de los honores externos de la gloria, por la acción conjunta de la iglesia y de una familia entronizada. Caso lógico y frecuente el de la iglesia; caso extraño y vergonzoso este de la familia.

Ni el propio antepasado de estos rencores capitolinos, guardaba ya ojeriza por las pretéritas polémicas, pero ellos sí. Recua de insignificantes que—como sus congéneres legendarios—viven graznando, con la ridícula pretensión de coadyuvar así a la grande obra que, en mejores tiempos, realizara el patricio ilustre.

Así el justiciero homenaje que la representación socialista del Concejo Deliberante rindiera al autor de «Las Bases», ha motivado la diatriba calumniosa de un nietecillo, fatuo é inocuo, que denostara contra el grande hombre desde el propio mostrador en que ha convertido la tribuna que le legara el antepasado que lo evanece.

Teodoro García



Hacia el libre cambio

Los proteccionistas transigiendo

por

Andrés Máspero Castro

(Véase «Clarín» N.º 6)

III

Obedeciendo a esta nueva táctica de los proteccionistas, por todas partes van apareciendo proyectos que tienden a liberar de los derechos aduaneros a los artículos de primera necesidad, dejando subsistentes todos los demás. En nuestro país, donde el proteccionismo es la fiel expresión de una aristocracia de «gringos enriquecidos» con el trabajo colectivo, no podía quedarse atrás, y ha dado el «paso más avanzado»! Nuestro gobierno acaba de convocar a los representantes diplomáticos sudamericanos en ésta, a una reunión en la que les propuso un plan de libre cambio de los productos alimenticios entre todos los países sudamericanos, con el propósito de abaratar el precio de los artículos de consumo en todos ellos.

La paternidad de esta iniciativa no se puede negar que pertenece al Uruguay, pues todos recordarán la reciente visita que hizo el canciller uruguayo Dr. Gabriel Terra a nuestro Presidente, el 13 de septiembre, para enterarle e interesarlo en la «iniciativa del Presidente Brum», de obtener, por medio de un convenio o tratado internacional de amplia libertad entre la Argentina, Chile, Brasil, Uruguay y Paraguay, el abaratamiento de la vida. Ciertamente es que en esa ocasión se le manifestó al Dr. Terra, que sus aspiraciones coincidían «con ideas manifestadas por el Presidente Argentino en distintas oportunidades»; pero bien sabemos nosotros de que jamás se han producido tales manifestaciones, por eso no hay duda que la iniciativa pertenece al Uruguay.

La idea en sí no es mala, como no lo sería cualquier otra que más o menos tímidamente se encaminara hacia la libertad comercial; pero sobre todo tiene verdadera importancia por las consecuencias que de ella se desprenden y por las enseñanzas que con la autoridad del Estado nos deja. Ya no es un grupo de intelectuales simplemente quienes afirman que la causa fundamental de la actual carestía de la vida reside en el monopolio del suelo y en las barreras aduaneras; ahora es el Estado que empieza por reconocer que para abaratar las subsistencias es indispensable adoptar el régimen del libre cambio. Luego las aduanas encarecen la vida, llevan la miseria a las clases obreras, y como éstas componen la mayoría del pueblo, empobrecen por ende a la Nación. Entoncés, ¿por qué no se propicia la adopción del libre cambio lisa y llanamente para toda clase de productos? No se ha reconocido que las aduanas encarecen a éstos, sumiendo en la miseria a los habitantes y empobreciendo a las naciones, por qué no se las suprime totalmente?

Los proteccionistas patrocinados por los gobiernos, han creído que los pueblos solo aspiran a «tener la panza llena» y luego «tirarse a la bartola». Gritan los caballeros de industria: «hay que suprimir los derechos aduaneros a las subsistencias, para que se harten los pobres con alimentos baratos», creyendo que así podrán continuar explotando al pueblo con las aduanas.

Decididamente, estamos viviendo en unos días en que el privilegio no tiene ojos para ver, ni oídos para oír, que lo que los tra-

bajadores piden no es «algo que pertenezca al privilegio» sino «algo que el privilegio ha tomado para su exclusivo beneficio y que pertenece a la comunidad», y, en consecuencia, los anhelos de los trabajadores no son de misericordia, pidiéndole que «no los deje morir de hambre», sino de justicia, exigiéndole que restituyan a sus legítimos usufructuarios algo que ha robado a la colectividad.

Por eso el libre cambio no aspira sólo a que cada uno de los súbditos del país que lo adopte constituya por su abundante alimentación algo así como un «hermoso ejemplar Shortorn», sino que su principal preocupación está en que el movimiento productor del país sea natural, sin trabas ni artificios que lo repriman o corrijan, asegurando por ese medio los más altos salarios para sus habitantes e impidiendo que el Estado se sostenga con recursos tomados de las necesidades de los trabajadores. Ya han terminado las épocas de luchar «para no morir de hambre», y estamos encaminándonos resueltamente hacia la conquista de la justicia humana.

En ese concepto, el presente proyecto de libre cambio sudamericano para los artículos de primera necesidad, es bueno; pero no debe olvidarse que sólo es el principio del programa trazado por las nuevas democracias, cuyo fin es la abolición de las aduanas y el reconocimiento del derecho natural que tienen todos los hombres, cualesquiera sean sus patrias, de cambiar libremente sus productos.

El Lenin Criollo

Un presente griego

«A este paso, el doctor Lencinas va a resultar nuestro Lenin».
La Palabra - 2 de Diciembre 1919.

Así como suena, con el desparpajo propio del más descarado cinismo o la más perfecta ignorancia de la verdadera situación mendocina, los hombres de «La Palabra»—semanario liberal—se inclinan reverentes ante «Un gesto del doctor Lencinas», como titulan la más burda y torpe de las maniobras que en estos últimos tiempos hayan ensayado los políticos del peor cuño para embaucar al pueblo elector.

Para estos señores de «La Palabra», todas las barbaridades cometidas contra los «Maestros Unidos» y la F. O. P. de Mendoza en la última huelga son, según la frase consagrada en su simplismo brutal y estúpido—tan estúpido como el recurso de los agitadores profesionales—«fantasmagorías de la prensa conservadora y reaccionaria». Porque, según dicen: «han venido recogiendo privadamente de personas de variada condición social, informes desapasionados sobre la situación de Mendoza, que les hacen sospechar con mucho fundamento, que nuestra provincia andina sea una pequeña Rusia, etc., etc.»

Pequeña Rusia, en verdad, pero una Rusia anterior a la trágica y grandiosa revolución proletaria; una Rusia de la tiranía solapada, de la obsecuencia servil y de la adulería baja y bien recompensada; una pe-

queña Rusia de tipo indígena en que hay también un papa negro de la peor cepa «oprobiosa» y un cenáculo de cínicos que usufructúan y malgastan, en provecho propio, el prestigio electoral que por su sencillez paisana, y nada más que por ello, se conquistara el actual gobernador. Porque a la verdad, el criterio burdo y primario sobre el manejo de la cosa pública con que ha ido al gobierno el señor Lencinas, no hubiera producido por sí solo el desquicio institucional y social que se ha puesto de manifiesto en la última huelga de Mendoza, si no se hubiera formado a su alrededor ese círculo de pseudo-maximalistas que están dedicados a querer presentar los actos más estúpidos de política «juarista», vale decir, camandulera y de medro personal, bajo el rótulo brillante de una avanzada política obrerista.

Y mientras en Mendoza no van quedando jueces capaces de un gesto de ativez y de independencia, los mismos que realizan sistemáticamente esta exclusión vergonzosa, aparecen magnánimamente ofreciendo a Capdevila y Orgaz puestos en su magistratura desquiciada y, en general, incapaz de hacer justicia por incompetencia notoria y comprobada.

Ya me imagino a Capdevila sosteniendo que el recurso de «habeas-corpus» es un menester secundario en el que no debe de intervenir la Suprema Corte; a Orgaz pidiendo la aplicación de la ley social para los maestros y obreros, declarados últimamente en huelga; a ambos refrendando las diligencias y decretos de expedientes, como por ejemplo, el del recurso de «habeas-corpus» de Luis Lotito, sindicalista neto, pero que para estos señores de «La Palabra»—semanario liberal—debe ser también oprobioso y reaccionario, posiblemente porque actuaba en las organizaciones obreras antes del advenimiento de la «Causa reparadora» el 12 de octubre de 1916 de la era de la dictadura del proletariado político!

Pero... ¡a qué seguir! Conservemos, sin embargo una esperanza, y es que en castigo a esta torpeza, alguno de los abogados de «La Palabra», hoy o mañana, vaya a ocupar algún puesto en la brillante y revolucionaria justicia mendocina. Entoncés nos dirá si el ofrecimiento a Capdevila y Orgaz era una oferta generosa que «honra a los favorecidos»—según su característica expresión—o un perfecto presente griego de la Rusia caricaturesca de nuestro pequeño Lenin criollo.

Gonzalo Muñoz Montoro

A propósito de Alberdi

Una declaración de la F. U. de B. A.

EN repetidas ocasiones hemos aplaudido, durante el corriente año, la acertada y oportuna intervención de la F. U. de B. A. en diversos acontecimientos que, aun cuando no encuadren directamente en el campo de sus actividades, afectan la vida de nuestra sociedad.

Así con motivo del calumnioso ataque de que fuera objeto Alberdi, por parte de una empresa comercial explotadora de periódicos, la Federación ha hecho pública la siguiente protesta, que aplaudimos entusiastamente y a la cual nos adherimos en absoluto:

«Respecto a la publicación titulada «El socialismo y la guerra: Un premio a la traición», acordó: «protestar enérgicamente por los conceptos emitidos en la publicación de referencia, y declarar que para nuestra generación universitaria la personalidad de Juan Bautista Alberdi es un ejemplo de virtud, de patriotismo y de sacrificio, que compromete la gratitud nacional».

Subrayamos

Palabras de Alberdi

En estos días en que individuos ruines han pretendido con intenciones aviesas, empañar la gloria del alto espíritu que fué Juan Bautista Alberdi, nos honramos en reproducir en nuestras columnas algunas palabras del maestro, tomadas al azar de una de sus obras más celebradas: «Luz del día en América».

La moral de Tartufo

«El instrumento capital de Tartufo es la «familia»—dice él mismo.—Por familia, entiendo los niños, las mujeres, los criados, los dependientes, los parientes y hasta los amigos familiares de una casa, conquistados y empleados como instrumentos de acción contra sus mismos padres o hermanos, cuando éstos son poderosos y hay algo que sacar de ellos. La invención de este medio, debo confesarlo, no es mía; es de un «álter ego»; pero como no tiene patente de privilegio, yo he creído poder apropiármelo sin faltar a la amistad ni a la ley de los nuestros, por decirlo así. Es la revolución en miniatura, un 89, un cataclismo social en un vaso de agua. Pero no hay poder político, no hay capacidad, no hay prestigio ni grandeza que resista a la reacción que tiene por instrumentos a los que son parte de un mismo ser, carne de su carne, alma de su alma; a los que llevan su nombre y son solidarios de su destino. En política, en guerra, en negocios de todo orden, jamás este medio ha dejado de darme el resultado que buscaba, es decir, la caída del padre de familia, comprendiendo en esta palabra el jefe o cabeza de todo establecimiento público o privado, de todo cuerpo, de toda sociedad. Conviene no olvidar que, antes que el pariente, la pieza importante de la familia es el criado o doméstico, especie de paria agregado a ella por fuerza y enemigo natural, legítimo y merecido de sus amos. Antes era «esclavo», después fué «siervo», hoy es «sirviente», que es peor todavía, pues es un esclavo hecho por su propia voluntad de esclavizarse. Y como esta esclavitud es a término, el sirviente es un esclavo, que cambia de amos, o enemigos o patrones, cada día. Es el aliado natural de todos los enemigos de la casa, y no hay casa que resista a un enemigo tan íntimo; es un pólo. Nadie ha explotado la industria o estado de sirviente como Gil Blas; era su oficio favorito en España. Le debe lo que es; ha hecho de él un arte, una ciencia. Mientras haya sirvientes, habrá Gil Blases.

«Al orden de la familia», como instrumento de acción contra ella misma, pertenecen las logias y las escuelas o colegios—prosigue Tartufo.

«Las logias son instrumentos de libertad en países esclavos; pero en países libres, cuando no son máquinas de opresión, son meras sociedades cooperativas; compañías de asistencia mutua, de abjuración recíproca, de toda opinión propia. Son verdaderas máquinas de opinión ficticia, fábricas o talleres de justicia convencional, manufacturas de verdad hechiza o contrahecha, laboratorios de atmósfera moral, para dar vida a seres, a ideas, a cosas condenadas a morir, o a no nacer en su atmósfera natural verdadera. ¡Qué de conejos, qué de genera-

les, qué de presidentes y de grandes personajes conozco, que no serían sino vil multitud, sin la palanca de la logia, que los levantó de su moral obscuridad! Ella es en Sud América, para ganar la fortuna sin trabajo ni capacidad, lo que es en Inglaterra la asociación comercial para ganarla por la industria y el trabajo. En Inglaterra es la asociación de las fuerzas del trabajo y del capital, lo que es aquí una asociación de las habilidades del ocioso y de las cobardías del nulo, para asegurarse la adquisición de un medio de vivir y gozar».

La moral económica de Tartufo

«Como con el dinero se hace el poder—prosigue Tartufo—y con el poder se hace la verdad, el derecho, la moral (sobre la cual están de acuerdo protestantes y católicos, el príncipe de Bismark y el príncipe de Maquiavelo), no importa enterrar momentáneamente la moral y el derecho para conseguir el dinero y el poder. Se entierra la moral para reproducirla, como se hace con las papas y el trigo. No es un enterramiento, es una siembra. Y así como no hay papas nuevas, sin enterramiento de papas viejas, tampoco hay riquezas ni poder, sin sacrificio o consumo reproductivo de moral y justicia.

—Las máximas de Tartufo me espantan—dice Luz del Día.

Y yo me espanto del candor suicida de la Verdad, que no quiere aprender a conocerse como la más desastrosa enemiga de sí misma, y la autora exclusiva de sus propios infortunios—dice Tartufo.

Yo diría que no hay más que un escollo y un obstáculo para llegar al poder y a la riqueza: ese escollo y ese obstáculo es la Verdad—añade Tartufo.

—¿Tartufo me condena a muerte? ¿Es mi destino del mundo lo que pronuncia? ¿Tales doctrinas insultan mi carácter!—pronuncia indignada Luz del Día.

—Si la señora Luz del Día se obstina en ver las cosas con su propia luz, yo la confesaré que no puedo seguir en la exposición ingenua, que la he prometido, de la historia moral de mi conducta en América.

—En calidad de confesión del pecado, consentiré en escucharlo para conocerlo; pero protestando furiosamente contra él.

—¡Protestar! ¿para qué?

—Para delatar al mundo esas blasfemias en nombre de la verdad.

—No será en ese mundo, si Luz del Día quiere no ser exterminada. Yo hablo en su propio interés. La calidad suprema en que ella ve su mérito es cabalmente la que constituye su crimen.

Los dos poderes o la Verdad y la Mentira.

—¡Pero es insultar a América, decir que ella hace de la verdad un crimen!—observa Luz del Día.

—Distingamos:—dice Tartufo—ella no condena la Verdad legítima y democrática, que es la hecha por el legislador y por el pueblo, sino la verdad verdadera, la que quiere imponerse al pueblo soberano en nombre de su orgullo de ley divina o natural. De esta verdad no necesita, porque

es la única que la embaraza. Le basta con la verdad que cada uno se fabrica para su uso especial. Esta verdad de propia fabricación y de uso especial, no falta a nadie. No hay un solo hombre aquí que no sea un adorador y un apóstol furioso de la verdad, con tal que sea la verdad de su hechura y de su servicio. ¡Luz del Día habla de protestar! ¿En nombre de quién?

—De la Verdad—dice ella misma.

—Pero, ¿dónde está, cuál es, quién la conoce?

—¿A mí me lo pregunta Tartufo?

—Yo sé bien que Luz del Día es la Verdad en incógnito. Pero, ¿por qué esta incógnita? Porque se ha visto perseguida en Europa. Pues en América bastaría que se diese a conocer para verse objeto de universal horror.

—¿Habrá quien ataque de frente a la Verdad?—pregunta ella.

—De frente, no; pero de flanco, sí. ¿Sabe la Verdad en nombre de quién sería exterminada? En el nombre mismo de la Verdad. ¿Cómo, en qué calidad sería exterminada? Como la Mentira en persona. ¿Es nueva esta historia? No tiene sino 1870 años. Desde la ejecución de la Verdad en nombre de la Verdad hecha en el «Calvario», los hombres no han dejado de ser los mismos. ¿Contra quién protesta Luz del Día?

—¡Contra la mentira!—responde ella.

—Pero ¿dónde está la mentira, cuál es, quién la conoce? Aquí todo el mundo aborrece la Mentira, a condición de practicarla como verdad. Luz del Día protestaría en el hecho contra sí misma; su protesta sería su suicidio. Sería exterminada no como la Verdad, sino como la Mentira. ¿Por qué conducto, por qué órgano intermediario haría Luz del Día esa protesta?

—Por el órgano de la prensa, que es la luz de los pueblos, la espada de la Verdad—dice ella enérgica.

—¿La prensa! Ella tiene por objeto ocultar la Verdad; los periódicos son publicados para evitar la publicidad, para oscurecer los hechos. Son los enemigos naturales de la Verdad y de su luz, porque la Verdad los apaga como la luz del día aniquila a la luz de la vela. La prensa es como esos teatros hechos para dar espectáculos diurnos con luz artificial: todo su objeto es evitar que penetre la luz del día, para que no extinga a la luz escénica o luz del arte.

Cada periódico hace su luz a su modo y según sus miras; cada luz es de distinto color: cada color tiene por objeto substraer su idea a la luz del día. La luz del día es el enemigo común de todas estas luces de la noche, semejantes al gas, a la luna, a la luciérnaga, al relámpago, que alumbran en la obscuridad de la noche solamente.

«Cuando la luz de la prensa no es como la luz de la noche, es como la luz pintada, que también es luz del día, en el sentido que sólo de día se ven las pinturas. Pues como los pintores, los periodistas hacen su luz con sombras. Su luz es una luz, pero luz pintada; imagen y retrato de la vida, pero luz muerta. Es alumbrada en vez de alumbrar».

«Cuando la luz de la prensa no es como la luz de la noche, es como la luz pintada, que también es luz del día, en el sentido que sólo de día se ven las pinturas. Pues como los pintores, los periodistas hacen su luz con sombras. Su luz es una luz, pero luz pintada; imagen y retrato de la vida, pero luz muerta. Es alumbrada en vez de alumbrar».

El sol no obedece a conjuros ni súplicas para salir todas las mañanas a fecundar al mundo; no aguardes el aplauso y los ruegos para ejercer el bien, y serás universalmente grato igual que el sol.

EPICTETO.

Sobre una crítica

Don Ernesto de La Guardia, es crítico musical de «La Prensa» y wagneriano; dos graves estigmas para el lector que sabe lo que es crítica de arte en los grandes rotativos,—sobre todo después del chisme aquel famoso, que dejó incólume al de «La Nación!—y lo que es esta enfermedad del wagnerismo, crisis aguda del snobismo crónico, con todas sus características: el sentimentalismo cursi, la pseudo-filosofía, la exégesis ramplona.

Y cuando alguien, con sereno criterio y más sano talento, intenta mostrar los valores reales del gran genio, el wagneriano sufre un acceso violento y como espuma, arroja de su boca, diatribas que muestran su estultez y su espíritu enfermo.

Esto ha ocurrido con los conciertos dedicados a Wagner que Fornarini ha dirigido en el Colón. No hablaremos ya de las cualidades del joven músico; no ha mucho nos hemos ocupado de él en estas y en otras páginas y hemos citado obras donde se les puede juzgar como merece. Es la insidia periodística y wagneriana la que hemos de mostrar aquí.

Largo sería tomarlos a todos; hubo hasta quien dijo: que el «Idilio de Sifrido» perdía fuera del teatro (véase «La Epoca»); ¡si supiera el mentecato que nunca perteneció el trozo a la escena! Si bien los motivos son de la ópera Sifrido; éste Idilio es una composición que Wagner escribió para pequeña orquesta, conmemorando el nacimiento de su hijo.

Pero hemos querido especializarnos con una crítica; porque también ella quiso atacar directamente: la de «La Prensa», donde el señor de La Guardia, expresidente de la Asociación Wagneriana, ejerce funciones de crítico.

En un largo artículo, que se irrita contra la luz, los sombreros de las señoras, los acomodadores, los músicos y su director, se dice entre otras cosas, esto que es lo esencial en el juicio musical:

«en el Siegfried-Idyll», el señor Fornarini reveló desconocer la obra, que es algo bastante diferente de lo que oímos anoche. Aparte de la falta general de matiz, la uniformidad del tiempo fué excesiva. En la primera parte hay sutiles cambios de movimientos, derivados del carácter expresivo de cada tema. El pasaje de 3/4 es más fluido; el «vivace», donde reaparece el ritmo cuaternario, mucho más rápido, enérgico y brillante. Solo el final estuvo justo».

Con todo esto el crítico ha pretendido deslumbrar al lector con su erudición, pero no es para alarmarse, no ha leído más que a Schuré y a algunos libritos anecdóticos. Ni se le ha ocurrido pasar los ojos por un libro más serio, «L'art de diriger», de M. Kufferath, acaso allí, estudiando las más célebres interpretaciones del «Idyll» se hubiera hallado con esta de Hermann Lévy:

Hermann Lévy le prenait tout autrement, avec des nuances infiniment plus délicates, dans un mouvement de 4/4 plus soutenu, tout au moins au début, et la fanfare mème du cor, il la faisait jouer piano, comme venant de loin, indecise presque et de rythme chancelant, de telle sorte qu'on

Lector, si simpatiza Vd. con la acción que «CLARIN» representa, contribuya a ella, suscribiéndose a la Revista o asociándose al Ateneo Universitario.

Todo pedido de suscripción, deberá venir acompañado del importe correspondiente.

avait l'impression d'une hésitation. L'effet de cette nuance était charmant; on eût dit l'évocation de la figure du héros Siegfried encore enfant et incertain de ses gestes, y una páginas antes (en la 223) al comentar ese ritmo cuaternario, que él pide «mucho más rápido, enérgico y brillante», hubiera hallado:

«Le thème est identique, mais il est encore une fois traité tout autrement que dans le drame; il est ici come attenué, come adouci. Là, Wagner lui imprime le caractère d'un allegro risoluto; il veut le thème très vigoureusement accentué, très marqué. Dans l'Idyll, il demande simplement un animato (lebhaft) et il indique la nuance piano».

En otros párrafos, el señor de La Guardia, dice del maestro Fornarini:

«su defecto principal consiste en el sentimiento demasiado metronómico del ritmo, el cual, si es indispensable a veces, es inadmisiblemente otras, pues mata la expresión. Desde luego, tal defecto, que no logra disminuir la intuición artística del señor Fornarini, se corregirá con un conocimiento más completo de las obras, pues resulta natural que un joven director improvisado, sin modelos que seguir mientras llega a adquirir la personalidad interpretativa, de acuerdo con el autor, no puede realizar miragros».

¿De dónde este tono maestro?

¿Sabe el crítico, cómo ha hecho su aprendizaje el señor Fornarini; conoce los maestros que sigue, si ignora obras de la importancia de la de Kufferath?

Nada de eso. El crítico de «La Prensa», ve en Fornarini un fuerte exponente de «los nuevos», los que han de imponerse con talento y dignidad, los que no acostumbran a incluir en sus conciertos, conferencias con anécdotas y chismes, que se encomiendan a algún crítico de «los viejos», que después de la consabida gratificación, realza en el cotidiano todas las cualidades de cualquier improvisación.

Lamentablemente, nada hacen los diarios por mejorar este estado de cosas, pues es sabido que se retribuye mejor al cronista deportivo que al artístico, al que se le gratifica en la misma tarifa que agentes del orden ¡tendrá que ver algo, esto de la tarifa!

J. C. Del Giudice

Palabras de Salinas

Son del actual Ministro de Justicia e Instrucción Pública!!! las siguientes palabras pronunciadas en Humahuaca, Jujuy, en 1916, con motivo de la celebración del «Día del maestro» y publicadas en el órgano oficial del Consejo Nacional de Educación:

«Hasta ahora se ha instituido en forma muy plausible «el día de la flor», como queriendo mantener latente la frescura de su ambiente y la pureza de su amor; «la fiesta del árbol», para propiciar su conservación a través de las edades; «el día del animal», como extrema manifestación de humanismo ¡¡¡(sic)!!! y caridad; «el día del estudiante», para cantar un himno a la primavera de la vida; y hasta «el día del camino», como suprema aspiración de convertir el territorio de la República en un inmenso riel».

No hacemos la transcripción con el propósito habitual de hacer reír a costa de la ignorancia; ya legendaria de su autor. No es un sentimiento cómico el que provoca en nosotros la desgraciada popularidad del naciente funcionario, trágico nos resulta, más bien, que él ocupe el cargo que, en tiempos

más felices para la cultura argentina, desempañaran Sarmiento, Avellaneda, Wilde, González, etc.

Medite el lector sobre el párrafo transcrito. Verá qué matices insospechados en la gama infinita del disparate. No son esas palabras el resultado de una falta absoluta de inteligencia, instrucción o sentido común, es algo más, el crebro que abortara esa ristra de desatinos es una joya de laboratorio.

Salinas,—nos dijo un amigo a quien debemos el inapreciable documento,—ha ido por gravitación natural, a encontrar su Oxford en Humahuaca. Y observen ustedes—agregó—cómo la arquitectura de este párrafo, presenta la línea definida de un centauro. Primero, la cabeza humana procura mirar hacia arriba:

Hasta ahora se ha instituido en forma muy plausible «el día de la flor», como queriendo mantener latente la frescura de su ambiente y la pureza de su amor.

Pero, en seguida, las cuatro patas equinas le impiden olvidar su condición terrestre:

1. «la fiesta del árbol» para propiciar su conservación a través de las edades;
2. «el día del animal», como extrema manifestación de humanismo y caridad;
3. «el día del estudiante» para cantar un himno a la primavera de la vida;
4. y hasta «el día del camino», como suprema aspiración de convertir el territorio de la República en un inmenso riel».

En las primeras líneas Salinas ha invadido los dominios de la poesía, cultivando insospechadamente el verso libre. Su copla, o cosa así, es cantable, exige la música e invita a la danza.

En las «patas» es donde él ha concentrado lo más profundo de su pensamiento. En la cuarta, con su extraña aspiración, creemos ver explicados muchos de los actos del actual gobierno. Las otras tres, explican todos los de Salinas en el cargo que ocupa.

Martín Cruz

Un triunfo católico

Los mil sufragantes católicos de las últimas elecciones uruguayas no han hecho sino que poner de manifiesto la evidencia del fracaso vergonzoso y definitivo de su partido. El representante que llevan a la banca conseguida no tiene nada que hacer en ella. Su acción, por inteligente y enérgica que fuera, ha de ser inocua en toda ocasión y bajo cualquier aspecto. Su voz ha de quedar siempre ahogada, para el bien de todos, ante el doble conjuro de la democracia y la libertad, ambas propicias únicamente a las cosas grávidas de porvenir. Llevado por la fuerza política más funesta del pasado, que hoy desaparece para siempre jamás, su mandato ni siquiera tiene de la gallardía legítima que pudiera ostentar el único representante elegido de otro partido que, por nuevo y avanzado, no hubiera sabido de un triunfo discreto.

JACK.



Ediciones "Virtus"-Florida 32
U. T. 3894, Av. - Buenos Aires

Cada hombre es algo que
vale, pero la ignorancia aísla
y la resignación dispersa.

E. BARBUSSE

CeDInCI



ab imo
péctore

Cooperativa Artística

Materiales finos para artistas.
Grabados, aguafuertes y mode-
los. - Marcos de estilo. :: :: ::

Artículos generales para inge-
nieros, arquitectos y dibujantes.
Copia para planos. :: :: :: ::

CORRIENTES 641-47
U. T. 2838 - Avenida